

CUADERNO DE SAN LORENZO

Francisco Gallardo

Primera edición: 2019

Diseño de cubierta: Jose Luis Paniagua

Fotografía de cubierta: Inundación en la Alameda de Hércules. ©ICAS-SAHP, Fototeca Municipal de Sevilla, fondo Gelán, 1948.

Alameda de Hércules vista desde la calle Tomillo. Inundación por el desbordamiento del arroyo Tamarguillo. ©ICAS-SAHP, Fototeca Municipal de Sevilla, fondo Serrano, 1961.

© Francisco Gallardo, 2019

© Algaida Editores, 2019

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9189-129-1

Depósito legal: SE. 691-2019

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

Madre	14	El mundo encendido	40
Padre	16	El agua congelada	42
Las uvas atragantadas	18	La iluminación	44
Los primeros asombros	20	La ropa que no se ve	45
La radio de cretona	22	La mentira más hermosa	46
El afecto	24	La frontera del barrio	48
El agua que no moja	26	La única abuela	50
El desencanto primero	28	El poder	52
Las joyas	30	Los otros niños	54
Los otros abuelos	32	La camilla y el diablo	56
El insomnio temprano	34	El colegio de las columnas blancas	58
La quietud	36	El tiempo estrenado	60
Cuatro hermanos	38	El oro pobre	62

Amparo, Felipa, que están en el cielo del pan	64	La primera historia	100	Un plumier de pescados	134	La camioneta amarilla	164
La tiza de nieve	66	El alma en los dedos	101	El gato de los ojos verdes	135	El baloncesto temprano	166
Las hadas	68	El órgano	102	Caballito de cartón	136	Las chicas yeyé	168
El pecado	70	La Quinta Avenida	104	El rodaje de la infancia	138	Fiebre de luna	170
La camisa blanca de la honradez	72	Los hombres buenos, los hombres malos	106	Demora	140	La peinadora	172
Los picadores de agua	74	La música de la leche	108	<i>Dominus vobiscum</i>	142	El frío de los pensamientos	174
La pureza	76	El baile de las letras	110	La nieve que nunca cayó	143	La felicidad del agua	175
El disimulo	78	Cuento de Navidad	112	El galán pobre	144	Las criadas	176
La Maga	80	El útero de piedra	114	La barbarie	146	La mitad del mundo	178
La caseta grande	82	La vida silenciosa de las plantas	116	La playa de las algas	148	El sonido del silencio	180
El mundo bordado	84	La ropa negra	118	Casa Ovidio	150	La Mujer discreta	182
El traje blanco	86	El fogón del cielo	120	La trompeta desteñida	152	El Hombre inclinado	184
Los últimos tranvías	88	La calle de ayer	122	Las moscas imposibles	154	El río quieto	186
Cajoncitos de pesetas	90	La azotea blanca	124	El presagio	155	El bolígrafo azul	188
Hermanos	92	El banco de Bécquer	126	La bicicleta quieta	156	El espejo transparente	190
Las suelas de la plaza	94	El tiempo es un ladrón acreditado	128	La hermana invisible	158	El ambigú	192
Las tripas de la radio	96	La vela encendida	130	La sangre de la niebla	160	Los aplausos	193
La inocencia del agua	98	El cielo líquido	132	El quiosco verde	162	Las manos de huérfano	194

El cielo amarillo	196	El poeta de los ojos claros	210
Labios rojos, ojos violetas	198	Los primeros metales del mundo	212
Olor a canela	200	Las hermanas que no parió madre	214
Las palabras esenciales	202	Dos miradas	216
La otra cara de la luna	204		
El indulto	206		
La insolación	208	FOTOGRAFÍAS	219

A la tía Luna, que alumbra su nombre
A la tía Lela, pintura de mi museo

En la hora final,
si no fuera en mi tierra,
me gustaría que la muerte
me encontrara en Sevilla,
en un banco
de la plaza de San Lorenzo,
bajo la lluvia de abril.

IÑAKI GABILONDO

MADRE

LA TARDE QUE MADRE Y YO INVENTAMOS EL CINE HACÍA FRÍO, MUCHO FRÍO. LE PREGUNTÉ por aquel vientecillo gélido que zumbaba, en la oscuridad, como un ejército de mosquitos. El aire refrigerado, dijo. Tras las filminas de los anuncios llegó, por fin, la película. No recuerda el niño si aquella mujer, que usaba el mismo pintalabios que madre, era Audrey Hepburn. Ni si aquel hombre, que se afeitaba con la misma navaja que padre, era Cary Grant. El niño puede recordar que la película parecía pintada con los mismos lápices de colores que le habían regalado en la primera comunión. Y que a madre se le cayó alguna lágrima con aquella historia de amor que no existía. Poco le importaba. La vida, entonces, tenía la temperatura de su mano.



PADRE

EL DÍA QUE PADRE Y YO INVENTAMOS EL CAMPO HACÍA CALOR, MUCHO CALOR. DEL CIELO caían gotitas de fuego que incendiaban la mañana de verano. El niño caminaba, entre terrones secos, detrás de la mascota clara para el calor, la soriana blanca, impoluta, de Francisco. Ese hombre que te llevó, de la mano, a tantos lugares por primera vez. El campo es el primer sitio del mundo, pero el niño, entonces, no lo sabía. Seguía a padre, entre los hermosos olivos, sedientos. Llegaban a la pequeña casa donde aquellos hombres, llamados jornaleros, llamados campesinos, desayunaban. El campo se lleva mucha vida, había que reponerla. Nunca el niño volvería a comer un pan más cierto, cortado a ras de navaja, mojado con el oro pobre del aceite con dos rodajas de tocino. Come, que tienes que crecer, dijo alguien. El día que padre y yo inventamos el campo, iba a estallar el mundo de calor. El niño recuerda los cubos de agua del pozo sobre su cabeza. Llamadlos jornaleros, llamados campesinos, no escribían libros, no iban a las escuelas. Sólo sabían escuchar el viejo idioma de la tierra. Agua «pa» el niño, que le va a pasar algo, dijo alguien. Este niño no es «pa» el campo, dijo luego padre.



LAS UVAS ATRAGANTADAS

AÚN NO HABÍA APRENDIDO, CON LUIS CERNUDA, QUE LOS TIEMPOS DEL NIÑO SON DIFERENTES. Que están hechos de sol, pan y agua. Al niño no le gustaba que el año terminara. Aquella alegría impostada, aquella algarabía de plástico, petardos y coñac de corsarios. La vieja calle se llenaba de felicidad gritada de balcón a balcón, de buenos deseos para un futuro que luego no llegaba. En la radio sonaban las doce campanadas. Es la Puerta del Sol, en Madrid, decía padre, al que nunca le daba tiempo a acabar las uvas. Entraba así en el año nuevo con la suerte cojitranca. El niño se imaginaba una puerta inmensa por donde entraba y salía el sol a su antojo. Y Madrid era el asfalto en blanco y negro que había visto en el cine. Coches, guardias de tráfico, mujeres de abrigo astracanados. Madre, entonces, se tomaba la única copa de aguardiente del año. No le gustaban al niño los finales de año, las últimas horas. No le gustaban los finales de los libros, las últimas palabras. No le gustaban los finales de nada. ¿A qué venía esa alegría por perder los años?

